



Jasco
87

CAPITULO VI

SITIOS REALES, PARQUES DE CAZA, ETC.

I

Nos falta espacio para trazar minuciosamente el precioso cuadro de los sitios reales de caza, siquier los españoles, donde se desarrollaron interesantes dramas palaciegos, en que los

Tomo IV.—Casa mayor y menor

21

placeres venatorios fueron más de una vez pretexto para otras empresas.

II

LA GRANJA

Dícese que el rey D. Felipe V. se propuso, al ordenar construir el palacio de San Ildefonso, legar á sus sucesores en el trono un Versalles español, aunque algo más alejado del ruido de la corte que el Versalles francés; y lo que hizo realmente, quizá sin darse cuenta de que lo hacía, fué reanudar en pleno siglo XVIII, una costumbre ya olvidada, de los antiguos reyes de Castilla: tuvieron éstos, aun más acá del reinado de Isabel la Católica, palacios de recreo, y de caza, denominados en instrumentos públicos, de la época respectiva, y también por los historiadores, Casas de las huelgas del Rey, « ca iban allí (dice un cronista castellano) á solazarse é divertirse ».

Alfonso VIII, el vencedor en las navas de Tolosa, cedió la Casa Huelga que tenía cerca de Burgos, para fundar el monasterio de Santamaría la Real, y debía ser magnífico edificio románico, del siglo X, á juzgar por los bien conservados claustros que aun hoy existen; la célebre cartuja de Miraflores está construída en el vasto solar de una Casa Huelga del Rey Don Juan II, cuyos restos mortales, y los de su esposa Doña Isabel de Portugal, y los de su hijo el Infante Don Alfonso, el de la liga de Ávila, descansan en magníficos sepulcros, en la nave mayor de la iglesia; hay, por último, no interrumpida tradición de que la Casa de la Vega, modesta vivienda enclavada en el centro de pintoresco y frondoso parque, fué temporalmente la Casa Huelga de la Reina Doña Juana de Castilla y Aragón, hasta el fallecimiento de su marido Don Felipe el Hermoso, en 25 de setiembre de 1506.

De todas maneras, es la Granja el verdadero Real Sitio de los monarcas españoles durante el verano; sitio de ameno recreo, de franca expansión, de solaz caballeresco, de cordialidad hidalga y generosa; sitio de animadas cacerías, de jiras campestres, de alegres expediciones á través de los apretados pinares y de las quebradas vertientes occidentales del enhiesto Guadarrama.

Los aficionados á excursiones campestres que hayan estado en la Granja, conocerán seguramente, la célebre pradera de la Boca del Asno, en los pinares de Balsain, llamada así por dos grandes piedras sobrepuestas que semejan la cabeza del paciente rucio, y por las que circula copioso raudal de cristalinas aguas. Á la sombra

de seculares árboles, sobre una alfombra siempre fresca de menuda hierba, y contemplando el dilatado y frondoso bosque de Balsain, con sus mil cambiantes de luz y de paisajes, coronados por las elevadísimas montañas de Peñalara, Siete Picos y el Montón de Trigo, se han celebrado muchos régios banquetes, y populares alegres meriendas, y es el sitio en que las autoridades de la provincia de Segovia ofrecían á los reyes, cuando éstos iban de jornada, y en sus altos de caza, sus respetos, á la vez que delicados obsequios, refrescos y descanso.

Su fácil acceso por la carretera de Madrid, su poético camino de Las Pasaderas, que es por sí solo bastante á acreditar el buen gusto de Carlos III, y su proximidad á la Granja, han contribuído á dar á este sitio grande celebridad; aunque son tantos los que ofrecen los alrededores de la antigua granja de San Ildefonso, de los monjes Jerónimos del Parral de Segovia.

III

LA CASA DE CAMPO

Al oeste de Madrid y en la ribera derecha del humilde Manzanares, está situada la magnífica posesión que menciona el epígrafe de estas líneas.

Fundada fué, en 1559 por el rey D. Felipe II quien había mandado tres años antes que se formara un espacioso bosque en el terreno más próximo al real alcázar, y ordenado á su secretario Juan Vázquez que comprase «por un precio honesto» la casa de campo de los Vargas, en la margen derecha del Manzanares cuyo sitio fué elegido para formar el deseado Real Bosque.

Así sucedió en efecto, y puede decirse que el núcleo de la actual Casa de Campo fué la modesta casa y tierras adjuntas que en aquel sitio poseía el noble caballero D. Fadrique de Vargas, cuyo escudo de armas permaneció durante muchos años sobre la puerta principal de la primera, porque «en el palacio de un rey estan bien colocados, (según dijo D. Felipe II á los que enunciaron la idea de derribar el susodicho escudo) los blasones de las familias que han hecho señalados servicios al Estado.»

El mismo rey compró además posteriormente varias tierras y fincas para ensanchar los límites de la posesión y durante los reinados de D. Felipe V, D. Fernando VI y D. Carlos III; la Casa de Campo llegó á adquirir la extensión que hoy tiene, quedando cerrada en 1748 con una sólida pared de fábrica de ladrillo y mampostería. Tiene en su recinto un palacio de regu-



Gato por liebre

lares proporciones, situado junto á la puerta del Río. una pequeña iglesia en el punto denominado la Torre-cilla, caballerizas, casas de labor y para los guardas, etc., y está poblada de pintorescos jardines y frondosas arboledas, con fuentes y lagos de cristalinas aguas. En las apacibles mañanas de mayo y junio, la Casa de Campo, es uno de los paseos más favorecidos por las hermosas niñas madrileñas; que acuden á beber el agua de la fuente de la puerta del Río, y á respirar el puro ambiente de aquellos deliciosos jardines, embalsamado con el aroma de las acacias y de los mirtos.

La Casa de Campo, ha servido de ejercicio práctico á nuestros monarcas cazadores, señaladamente al malogrado Rey D. Alfonso XII. ¡Cuántas veces las liebres ó conejos retozones que brincaban sobre los alfombrados campos, han caído heridos como el rayo, por la certera escopeta de D. Alfonso, que iba á buscar aire puro, y empleo á su actividad!

La Casa de Campo ha visto con frecuencia congregado en sus florestas á lo más selecto de Madrid; nuestra aristocracia compuesta de distinguidos venadores, agrupados junto al Rey, esparcían el ánimo en los recreos del tiro de pichón, mostrando todos la pericia en el tiro, sazonando el ejercicio con las sabrosas conversaciones del *sport* con proyectos de giras, de caza en el Pardo ó en Daimiel.

Hoy la Casa de Campo, al igual que el Pardo se hallan mudos y silenciosos. Sólo la Serenísima Infanta D.^a Isabel, maestra consumada en el arte venatorio, suele ir sin séquito y acompañamiento al Pardo, á disparar al azar sobre alguna pieza.

IV

Merece señalada atención el Pardo, sitio real destinado á la caza, y que tiene poblados sus bosques de toda suerte de animales venatorios.

El Pardo ha adquirido á su título conquistado de abolengo, el haber espirado allí S. M. D. Alfonso XII que adoraba aquel retiro.

Argote de Molina hace una fiel descripción del Pardo.

»No será impropio de este lugar hacer memoria del bosque Real de Aranjuez y de la Real Casa del Pardo, cuya majestad, grandeza y curiosidad tiene admirados á todos los Príncipes extranjeros, y le tienen por el mejor que hoy se sabe en el Universo. De Aranjuez escribió un ilustre ingenio de nuestra edad, en estancias, una égloga pastoril de su descripción, y del nacimiento de la Serenísima Infanta Doña Isabel, con tanto

artificio y gracia, cuanto merece el sujeto. Y así adornaré con él este mi libro. De la casa del Pardo haré un breve discurso para noticia de su curiosidad.

A dos leguas de Madrid está el Pardo, casa de placer de Su Majestad, plantada en medio de un bosque, junto al río Manzanares, que, naciendo de la sierra de Segovia, pasando por este bosque entre verdes álamos y sauces; entra en el río Jarama: dista este río un tiro de un arcabuz de la casa, donde se ve una hermosa y aseada puente de madera. La casa es de figura cuadrada, y en las esquinas de ella cuatro torres con rico ventanaje, y en lo alto de cada una sus chapiteles y harpones, y en torno una ancha cava, y en el fondo de ella muchos compartimientos, vasos y macetas de hierbas medicinales y flores extrañas, traídas con mucha curiosidad de diversas regiones, adornadas las paredes de la cava con jazmines, hiedra y rosas, y en cada esquina una fuente de agua que por mascarones de piedra sale.

Éntrase en la casa por dos puentes de piedra, que se causan de la cava, y debajo de ellas están dos aposentos con sutiles redes de arambre defendidos, donde gran número de pajaricos, con dulce y concertada armonía, hacen aquel lugar más agradable. En la portada está un reloj con su mostrador, que por la parte del campo y de la casa enseña las horas, tocando tres campanillas, que con música concertada son precursoras de la hora, sirviendo juntamente de tocar los cuartos.

Es la casa labrada de piedra parda berroqueña, con dos corredores altos y bajos, el uno á la entrada y el otro á la frontera, y en las paredes de los lados se ven pintados dos círculos en cada una, que el uno muestra por la sombra del sol las horas del día, y el otro las de los planetas. Todo el aposento bajo es de los oficiales de la casa, porque Su Majestad siempre se aposenta en lo alto de ella.

En la primera sala alta se ven muchos tableros y lienzos de pintura; sobre la puerta está pintado al óleo, de mano del gran Ticiano, Júpiter convertido en sátiro, contemplando la belleza de la hermosa Antiopa que está dormida.

Vese más adelante, de mano de Antonio Moro, dos retratos de dos muchachas; la una, alemana, que con el cabello rubio erizado, representa una extraña figura. La otra, que siendo de poca edad, tenía la barba tan poblada de cabellos como tiene comunmente un hombre de treinta años.

A éstas sigue otra tabla del mismo Moro, del retrato de un folletero de Flandes, que, con gran barriga, extraño rostro y villanísimo vestido, hace un maravilloso